

AGENDA CIUDADANA

LA DEMOCRACIA ¿LA ESTAMOS CONSOLIDANDO O DESCONSOLIDANDO? Lorenzo Meyer

Una Posibilidad.- Si el discurso del presidente mexicano es un reflejo relativamente fiel de la realidad de nuestro país, entonces México es una democracia más o menos cargada de energía y que marcha por el camino de la consolidación, es decir, a convertirse en una forma de vida, pues su horizonte es bastante claro, el sol brilla y el viento sopla a favor. Sin embargo, fuera de “Los Pinos” el reporte del clima político es muy diferente: el horizonte democrático está lleno de nubes oscuras y soplan vientos fríos y duros en contra. Desde esta última perspectiva, la consolidación no es segura y si no se toman providencias, existe la posibilidad de una “desconsolidación”.

Un politólogo norteamericano, Larry Diamond, considera que la consolidación de la democracia en países que acaban de salir de una etapa autoritaria, como es nuestro caso, se puede definir como el momento en que un amplio y profundo proceso que busca alcanzar la legitimidad del régimen democrático alcanza ese punto donde, tanto en la mente de las masas como en la conducta de las élites, dejan de considerarse otras alternativas, (Developing Democracy. Toward Consolidation, 1999, p. 65). Según esta definición, En México la situación es, en el mejor de los casos, ambigua.

“La Mente de las Masas”.- De acuerdo con el “Informe sobre el Desarrollo de la Democracia en América Latina” dado a conocer el 21 de abril por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el 54.7% de los latinoamericanos estarían dispuestos a aceptar un régimen no democrático –autoritario— si resulta que esa es la forma de resolver los problemas económicos de la región. Desafortunadamente, México no parece ser una excepción a esa generalización, sino todo lo contrario: una confirmación.

La “Segunda Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas” publicada el año pasado por la Secretaría de Gobernación, encuentra que únicamente el 45% de los encuestados de una muestra representativa considera que México es una democracia, en tanto que el 29% simplemente no sabe –ni parece que le importe— en que tipo de sistema político está viviendo (p. 9). Por lo que se refiere a la calidad de la democracia, menos de la cuarta parte --el 23%-- la encuentra satisfactoria en tanto que casi dos terceras partes --60%-- la consideran parcial o totalmente insatisfactoria (p. 10). Y lo que es aún más alarmante, otro 60% están de acuerdo con la siguiente propuesta antidemocrática: “unos cuantos líderes decididos harían más por el país que todas las leyes y promesas” (p. 12).

Las Élités.- Afortunadamente para la democracia, ninguno de los grandes actores que operan en la arena política mexicana se ha declarado abiertamente a favor de seguir una vía diferente y sí, en cambio, son generales las declaraciones públicas de lealtad al régimen imperante de gobierno. Sin embargo, en la práctica ninguno de esos actores se ha mostrado capaz de trazar el mapa y dirigir a México en el complejo proceso que significa arraigar la democracia recién ganada. Entre las élites dirigentes lo más conspicuo es su disputa constante y su incapacidad para poder llegar a un acuerdo general en torno a los grandes objetivos de la actual etapa histórica y, a veces, ni siquiera a un modesto compromiso sobre los medios para conducir el día a día del proceso político. Y en la medida en que no hay un acuerdo que permita concertar voluntades y unificar esfuerzos, la recién nacida democracia se vuelve una forma de gobierno notablemente ineficiente, que termina por confirmar las sospechas y actitudes de la opinión pública en relación a la poca capacidad del pluralismo democrático para resolver los graves problemas del país.

Entre los desacuerdos de las élites sobresale el existente en torno a la naturaleza del modelo económico que debe de permitir la reanudación del desarrollo mexicano suspendido hace ya 22 años. Desde luego que en nuestro país ya quedó establecida una economía abierta y de mercado y casi nadie propone un retorno al modelo cerrado y estatista del pasado. Sin embargo, se mantiene un desacuerdo de fondo en torno al desarrollo de áreas clave, como son las industrias petrolera y eléctrica. Otro ejemplo de la disputa dentro de la élite es el déficit público; un sector -el que está en el gobierno- mantiene la plena ortodoxia en ese campo en tanto que otro sector -en la oposición o en la empresa privada- demanda usar el gasto para crear empleo, incluso a costa de un aumento en la inflación, pues sostiene que es necesario alentar al mercado para poner término a una situación donde el crecimiento real de la economía es apenas de un 0.64% anual en promedio desde 1981 a 2003 (en lo que va del actual sexenio, el crecimiento ha sido negativo).

Hay un acuerdo, en principio, en torno a la urgencia de empezar a modificar una estructura social donde el 43.1% de sus miembros han sido clasificados como pobres y el 16.7% como extremadamente pobres, y donde el 10% de las familias con mayores ingresos reciben el 40% del ingreso disponible y el 10% más pobre menos del 2%. Sin embargo, como ya quedó asentado, al momento de tener que tomar decisiones sobre la política fiscal para usarla como instrumento de la política social, las divergencias de la clase política son tales que casi ha paralizado la acción en ese campo. Y México avanza en el tiempo sin actuar sobre una estructura social que es, a la vez, injusta e inviable en el largo plazo.

Tampoco hay ningún acuerdo entre la élite sobre cual debe de ser la naturaleza de la relación de México frente a Estados Unidos en su época de imperio global. Ya no hay una oposición significativa al gran marco económico que es el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) firmado hace más de un decenio, pero no se ha hecho nada

por adecuar la política de México dentro del TLCAN a la competencia con China por la ocupación de espacios en el comercio con Estados Unidos, por eso el gran acuerdo comercial con el norte le da a México cada vez menos ventajas frente a sus competidores. Sin embargo, es en el plano político y no económico donde se ven mejor las diferencias dentro de la élite en su relación con Estados Unidos. El ataque de Al Qaeda a Nueva York y Washington el 11 de septiembre del 2001 y, sobre todo, la invasión norteamericana a Irak sin el apoyo abierto de Naciones Unidas, dejaron en claro que mientras una parte de la dirigencia mexicana insistió en aprovechar la coyuntura para dar un apoyo abierto a Washington al estilo del entonces presidente español, José María Aznar, para reintentar así la forja de una “relación especial”, otra insistió en revitalizar la vieja idea de una “independencia relativa” en la relación México Estados Unidos. En fin, una elite sin acuerdo en lo esencial, resulta muy disfuncional para que el grueso de los mexicanos tenga una opinión positiva del pluralismo democrático.

La Rapidez del Deterioro.- En el caso mexicano, la característica del paso del autoritarismo posrevolucionario al nuevo régimen fue su lentitud. Y ahora que finalmente se logró superar la etapa del partido de Estado, lo distintivo es el rápido deterioro del nuevo sistema, su vulnerabilidad y fragilidad. Desde luego que la explicación de fondo de esta debilidad de la democracia mexicana es histórica: no hay ningún antecedente que le sirva de soporte en épocas difíciles, y ni duda que la actual es particularmente por la mala y prolongada situación económica.

Una explicación más inmediata de los problemas de nuestro nuevo sistema político reside en la forma en que se dio la transición: en un sistema presidencial, resulta que el presidente no cuenta con un gobierno de mayoría. En efecto, fue justamente el viejo partido autoritario –el PRI— el que resultó dominante en el Congreso en el 2000, en los gobiernos

estatales y en los municipales, y ese dominio lo volvió a refrendar el PRI en las elecciones del 2003. Y es que el antiguo partido del autoritarismo es el que controla lo que queda de las organizaciones corporativas de trabajadores urbanos y rurales, y sus apoyos se mantienen vivos entre una buena parte de la Iglesia Católica, del sector privado y de ciertos medios de comunicación. Fue también la ausencia de un gobierno de mayoría por voluntad del electorado, lo que finalmente le impidió al presidente Vicente Fox, a partir de su control sobre la presidencia y el gobierno federal, llevar a cabo la “colonización” democrática de ese amplio campo que en el 2000 siguió en poder del PRI y que es la base que hoy le permite al viejo partido autoritario mantener al gobierno federal semi paralizado a la vez que aspirar, por la vía del voto y la abstención desilusionada, el retorno a la casa presidencial, lo que puede ser un paso en la posible “desconsolidación” de la democracia.

Pero el problema de hacer de la democracia una forma de vida en México no reside sólo en una presidencia impotente y a la defensiva, sino, sobre todo, en un sistema disfuncional de partidos. En efecto, los partidos, controlados y responsables ante sus respectivas oligarquías, han fallado en el desempeño de su papel como representantes de la sociedad y como intermediarios eficaces entre esta y el gobierno. Un sistema de partidos que el año pasado le costó en subsidios al erario público el equivalente a más de 400 millones de dólares, se ha distinguido en los últimos tiempos por sus pugnas internas —el grueso de sus energías se consumen en sus propios conflictos— y su corrupción. Y esa corrupción no se refiere sólo al llamado “Pemexgate”, a los “Amigos de Fox” o a los videos de Carlos Ahumada dando dinero a dirigentes del PRD, sino también a las partidas de miles, de cientos de miles e incluso millones de pesos que, sin justificación ni pudor, se han asignado, por ejemplo, diputados locales de la Ciudad de México, del Estado de México o consejeros electorales del mismo estado, en calidad de bonos y gastos parlamentarios,

(Reforma, 26 y 27 de abril). Es por eso que la clase política proyecta hoy la imagen de un conjunto de parásitos que viven a expensas de una sociedad exhausta y no la imagen de un grupo de constructores desinteresados del futuro mexicano.

Ante semejante estado de cosas, a pocos ha debido sorprender que un estudio de opinión patrocinado por la propia Cámara de Diputados encontrara que el 87% de los encuestados consideran que los llamados “representantes populares” no representan para nada lo que dicen representar: a los votantes (Milenio Diario, 15 de marzo). En esas condiciones de desprestigio de los partidos, y de la clase política en general, el proceso de arraigo de la frágil democracia es verdaderamente cuesta arriba.

Una Conclusión.- En México, puede haber grupos más o menos secretos como “El Yunque” que trabajen en un sentido contrario a la democracia, pero públicamente ningún actor político organizado pone en duda a la democracia como la única forma legítima de organizar y ejercer el poder. Sin embargo, sólo los optimistas profesionales pueden negar que cuando el 61% del electorado en una democracia nueva se abstiene de ejercer su derecho al voto o anula sus votos, el hecho significa que existe ya una condición de “desilusión democrática” que, si circunstancias imprevistas lo propician, puede desembocar en un desconsolidación de lo ganado hasta ahora. Así pues, a todos nos conviene dejar de lado el optimismo infundado y actuar para impedir que la desilusión se torne en un sentimiento de agravio y en un impulso para retornar a etapas que en el 2000 creímos superadas.

Conviene volver sobre el mencionado informe del PNUD, que en una sola idea encapsula el difícil carácter político de la época que viven México y el resto de los países del subcontinente: en América Latina, como en ninguna otra región del mundo, se conjuntan hoy tanta democracia con tanta pobreza y tanta desigualdad. Lo anterior es perfectamente

válido para México, pero desafortunadamente a nuestro caso hay que añadirle, a la pobreza y la desigualdad, los términos de corrupción e ineficacia gubernamental, para tener idea cabal de los peligrosos compañeros de viaje que amenazan a nuestra joven e inexperta democracia. Si queremos salvar el futuro, hay que actuar ya, con inteligencia, prudencia y sentido de la responsabilidad y de la historia. No hay alternativa.